

LA LOCURA EN LA ERA DE LA RAZÓN

POR: GABRIEL MERAZ ARRIOLA

“¿Qué es la razón? La locura de todos. ¿Y qué es la locura? La razón de uno.”

Rensi, citado por J. M. Gironella

Una concepción de la locura, proveniente de la Antigüedad (siglo V a. C.), la presenta como un “don divino”. El diálogo platónico *Fedro* muestra una imagen de la locura (*manía*) que en todo resulta preferible a la cordura (*sophrosýne*); pues mientras que ésta cuenta con un origen meramente humano, fruto de las opiniones (*doxaí*) que pueden producirse mediante el ejercicio dialéctico, la locura representa una forma de conocimiento superior. El loco aparece aquí como un ser elevado, a cuya alma crecen unas alas que lo transportan al país de la verdad. Al considerarla como la forma más alta del saber, Platón declaró en boca de Sócrates: “los bienes más grandes llegan a nosotros a través de la locura, concedida por un don divino”.

El diálogo sugiere una distinción entre cuatro tipos básicos de locura: la *profética*, -propia de la adivinación oracular (don apolíneo)-, la *poética* -que corresponde a la inspiración artística (don de las musas)-, la *erótica* -ilustrada por el arrebató amoroso (don de Afrodita y de Eros) y considerada la más excelsa-, y la *mistérica* -ligada a los ritos eleusinos y la experiencia extática de la *epoptéia* (visión del dios; don de Dionisio). Un aspecto común a las especies de locura aquí descritas reside en considerarlas una experiencia de *posesión* -en el sentido de un trance o entusiasmo (*en théos*) en el que un dios es interiorizado-, en donde el sujeto que se ve invadido sufre una metamorfosis que le otorga conocimiento. Pero más exacto sería decir que se trata de un estado que anula la distinción entre sujeto y objeto, distinción clave en las teorías modernas sobre el conocimiento.

Para los griegos el “delirio divino”, el “bello frenesí”, y los diferentes estados de éxtasis y raptó, aunados a la catársis, constituyen los elementos indispensables que actúan en la *anagnórisis* (tránsito de la ignorancia al saber), en donde

mediante una *revelación* se accede a una comprensión del mundo que va más allá de los limitados alcances de la conciencia, y que culmina en una visión auténtica de la verdad. Puede decirse que el conocimiento se definía en la antigüedad como una de las formas más elaboradas del *pathos*. Así uno de los epítomes del pensamiento ¿racional? antiguo pudo decirnos que, sin el favor de la locura, el hombre no sería más que un ser insulso, destinado a extraviarse en la inanidad de su estrecha conciencia y en su ignorancia. Esto llevó a Giorgio Colli a afirmar que, para los griegos, “la locura es la matriz de la sabiduría” y “la razón es un instrumento de destrucción”.

Hasta aquí hemos tomado sólo una de las imágenes de la locura que nos han llegado del pensamiento antiguo, pero en realidad los griegos nos han dejado un conjunto de ellas que resulta variado e incluso contradictorio¹; pues, desde siempre, la presencia del loco ha causado estupor a los seres humanos. Así lo muestra un documento² apócrifo algo más tardío (siglo II o I a. C.) que el *Fedro*, si bien se plantea que la acción se desarrolla en la misma época. Se trata de un conjunto de cartas ficticias en donde el pueblo de Abdera se dirige al más célebre de los médicos, Hipócrates, rogándole que les asista en la curación del más sabio de sus ciudadanos, el filósofo Demócrito, quien ha caído enfermo de locura debido a su “excesiva sabiduría”. Demócrito, dicen los abderitas, “se rie de todo (...) y dice que la vida no vale nada”. Hipócrates imagina un posible caso de melancolía, debido a un calentamiento o exceso de bilis negra. La risa desquiciada del filósofo produce un efecto particular en la gente del pueblo: “nos trastorna (...) nos atemoriza”, escriben al Asclepiada.

Pese a todo, el loco aparece de nuevo como el portador de una verdad, aunque ésta para el común de los hombres pueda resultar insoportable. Hipócrates concluye que Demócrito es el más cuerdo de los hombres y que la verdadera enfermedad humana radica en la manera estúpida y absurda en que se vive la vida. Hacia el final del intercambio epistolar se revela que “el supuesto loco es un gran sabio, el médico un ignorante y la normalidad una demencia” (Hersant).

¹ Véase el excelente libro de Ruth Padel, *A quien los dioses destruyen, antes lo enloquecen*, Sexto Piso, México, 2005.

² Aristóteles & Hipócrates, *De la melancolía*, Vuelta, México, 1994.

Entre otras cosas, el texto resulta valioso porque ilustra mejor que el *Fedro* cuáles eran las ideas populares que circulaban sobre la locura en la antigua Grecia y que, sin duda, no corresponden a las que nos transmite la filosofía de Platón. De este modo, además de la mencionada *manía*, podemos encontrar varios términos con que los griegos designaban la locura, tales como *anoia* (pérdida del *nous* o intelecto), *paranoia* (desvío del *nous*) o *aphrosýne* (ausencia de *phrén* o mente), todas ellas vistas como expresiones de enfermedad (*nosos*), o bien como efecto de la *hýbris* de los dioses. El mismo Platón fue lo bastante cuidadoso como para distinguir la visión de la verdad que se produce en el frenesí divino de aquella locura que se debe “a enfermedades humanas”. Lo importante es que “el justo delirio”, bajo la forma del *pathos* de la *posesión* o cualquier otra clase de locura, constituye una suerte de remedio para los males mayores de la vida, uno de los cuales era para los griegos la ignorancia.

Para los modernos, que hemos vivido en un mundo sin dioses verdaderos y tenemos ideas muy distintas, es difícil hacer esta clase de consideraciones, y nos hemos limitado a apreciar la locura en su dimensión patológica (con una denodada creencia en la organicidad) y a idealizarla, como nos enseñara más bien cierto patetismo romántico de poca monta. Esto ha propiciado un buen número de malentendidos en torno a la manera en que se concibe en nuestro tiempo la cuestión. Puede afirmarse que, en la era moderna, *la experiencia de locura* se ha convertido en una de las formas de lo imposible -si se acepta, con Bataille, que la experiencia de lo imposible vincula al hombre con la muerte- en la medida en que en ella el sujeto parece advenir a una especie de muerte social.

En esta época la figura del loco representa una de las imágenes más inquietantes y extremas de la alteridad, pues ya casi nadie osa reconocerse en el espejo de la locura y los orates, maniacos, esquizos o como se les quiera llamar, no alcanzan a ocupar el lugar de semejantes. El loco está incluso más allá de lo otro; quizá en ese espacio que Blanchot y Foucault han definido como “el Afuera”.

La muerte social del loco se debe a la fractura que, en efecto, en el interior de la locura parece producirse en los lazos que unen al sujeto con la otredad (la subjetividad misma, o el lenguaje y la conciencia como instrumentos de

intercambio y conocimiento), pero que en realidad nace de una *subversión* que opera en el ámbito del Otro, en donde muchos de los códigos que sostienen el aparato de lo social son transgredidos, y se ven arrojados a una suerte de vacío.

De acuerdo con la idea contemporánea que tenemos de la *enajenación* mental (ajena a la de *posesión* antigua), se piensa que el loco es precisamente ese ser que vive en ajeno (*energoumenos*, para los griegos), alienado de sí, del mundo y de la verdad; y es en este movimiento, que equivale a una verdadera caída, que el loco deja de ser un sujeto, pues queda objetivado en un lenguaje que, al hacer objeción a la dialéctica de la razón quedaría exiliado de la subjetividad y el conocimiento de lo verdadero.

Foucault hizo coincidir el nacimiento correlativo de la psiquiatría y los manicomios durante el siglo XVII con el advenimiento del sujeto que, circunscrito en los márgenes de la conciencia y la recta razón, planteó la filosofía cartesiana; misma que, como es sabido, se convirtió en el eje sobre el que han girado la mayor parte de los campos del saber desde ese entonces. De acuerdo con su tesis, Descartes habría fundado la subjetividad moderna en una abierta exclusión de la locura, al hacerse calificar en sus *Meditaciones* como sujeto que duda tras esta certidumbre: “yo que pienso no puedo estar loco”; y arribar después al famoso *cogito ergo sum*, del que se parte en su método para alcanzar toda verdad sobre lo cognoscible.³

Quizá sea la oposición entre razón y locura, que es solidaria de la que existe entre locura y verdad, uno de los mayores malentendidos sobre nuestro modo de ver la alienación. En la actualidad, y esto puede comprobarse consultando cualquier diccionario, se dice en todo momento que la locura es “la pérdida de la razón”; pero en uno de los ensayos de su *Ortodoxia*, G. K. Chesterton ofrece una visión más certera: “Ciertamente –dice- nada hay tan equivocado como la frase hecha con que se designa la locura: la pérdida de la razón, No loco no es que ha perdido la razón, sino el que lo ha perdido todo, todo

³ Un discípulo como Jaques Derrida, salió al paso a esta tesis poniendo de relieve todo lo que en verdad hay de paranoico, extravagante y desmedido en el método cartesiano, en donde nunca se está a salvo de que un Genio Maligno nos arrebatte las certezas adquiridas tras el penoso trabajo

menos la razón”. Y escribe también: “la locura es, en resumidas cuentas, la razón arrancada a sus raigambres vitales, la razón que opera en el *vacío*”. Chesterton afirma que, contrariamente a lo que suele pensarse, la experiencia de locura no obedece al ejercicio desmedido de la imaginación y la fantasía, y que en el interior de ella puede observarse el uso exacerbado de la facultad de la razón.

En suma, puede decirse que las diferencias abismales que se abren entre las concepciones modernas y antiguas sobre la locura residen en el dominio totalitario que sobre el pensamiento de nuestra época ha ejercido la racionalidad, así como en las ideas muy particulares que nos hemos hecho acerca del conocimiento, la subjetividad, la enfermedad o la verdad. ¿No será la locura, bajo la forma de una experiencia límite, uno de los signos que dominan la confusión histórica por la que atraviesa en nuestro tiempo la cuestión del raciocinio?